

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

576

25
cts

**BILLY
THE KID**

JOHN MAC BROWN
WALLACE BEERY
KAY JOHNSON

**EL
TERROR
DE LA PRADERA**

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco-Marío Bistagne**

Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO XI

BARCELONA

N.º 576

BILLY THE KID 1930

**Billy The Kid
El terror de la pradera**

Novela de aventuras, dirigida por
KING VIDOR
e interpretada por John Mac Brown,
Wallace Beery, Kay Johnson, etc.



Es un film de la famosa marca
METRO-GOLDWYN-MAYER

Distribuido por

METRO-GOLDWYN-MAYER

Ibérica, S. A.

Mallorca, 220

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
SALLY O'NEIL

Billy The Kid

El terror de la pradera

Argumento de la película

Hace ya muchos años, la frontera del Sudoeste de los Estados Unidos, era el campo abierto para las fechorías de toda calaña de aventureros, y no se regía por otra ley que la del más fuerte, y rara vez era el más fuerte el más amante de la justicia.

Pero un día asomó entre aquellas peñas la airosa figura de un joven jinete, que no tardó en enmendar yerros y en hacerse temer de los que hasta entonces no respetaron vidas ni haciendas. Y el plomo certero de Billy The Kid los fué dispersando, hasta no dejar ni uno.

Las hazañas de Billy The Kid forman uno de los más interesantes capítulos de la historia del legendario Oeste.

* * *

Cierto día, una pequeña caravana llegó a uno de los poblados del Oeste. La dirigían dos hombres. Angus, Mc Swen espíritu puritano, místico, y Tunston, hombre enérgico y con grandes dotes de organizador.

—¡Magnífico valle!—comentó Angus—. ¿No te parece, Tunston?

—Excelente para establecernos aquí.

—Creo que el que manda aquí es Donovan, el cacique del lugar. Sería mejor que pusiésemos en su conocimiento nuestro deseo de quedarnos en esta tierra.

—Bien pensado.

Se dirigieron a la cantina, donde se hallaban reunidas gente de toda calaña.

Preguntaron por Donovan y fueron conducidos a una de las habitaciones situadas en el primer piso del establecimiento.

Era Donovan un hombre ya viejo, de poblada barba y expresión brutal.

Al enterarse de que sus visitantes pensaban instalarse en la comarca, puso el grito en el cielo.

—¿A qué vienen ustedes aquí? ¿No saben que estas tierras me pertenecen?

—¡Hombre! Creíamos que estaban a disposición de quien quisiera explotarlas.

—Otros hubo ya que vinieron con igual creencia, y hoy sus huesos blanquean en el fondo del río—contestó con una sonrisa terrible.

Empezó a caminar por la habitación, con la expresión del amo absoluto que no tolera nada contra él.

Se asomó a la ventana y, viendo el numeroso ganado que se encontraba afuera, preguntó:

—Ese ganado es de ustedes, ¿eh? Pues, supongo que preferirán venderlo a que desaparezca cabeza por cabeza.

—¡Nos pertenece y lo conservaremos!—contestó Tunston, severamente.

—Y yo les digo que no podrán conservarlo...

—Pues nosotros tenemos el decidido propósito de sentar aquí nuestros reales. Hemos venido de muy lejos y no queremos volvernos atrás—añadió Tunston.

—Yo les aconsejaría que llevasen su propósito más hacia el Oeste.

—A pesar de su consejo, nosotros decidimos quedarnos aquí.

Insistiendo en sus deseos de paz y concordia, los dos amigos abandonaron la cantina y dieron orden al resto de la caravana de que se instalase en aquella región.

Rápidamente construyeron unas cuantas casas y, a pesar de las órdenes en contra del cacique, se dispusieron a formar allí su nueva vida de trabajo.

* * *

Nadie podía rebelarse contra Donovan. Era el amo, el cacique odioso, al que todos debían rendir tributo.

En estos últimos tiempos, se hallaba enfurecido por la llegada de los expedicionarios. Y extremaba su característica crueldad. Cierta día, uno de los colonos recién llegados fué víctima de las iras del cacique y de su legión de ayudantes.

—Tienes una cuenta pendiente con la tienda. No has pagado el alquiler y estoy dispuesto a adueñarme de tu rancho—le dijo Donovan.

—Esto es ilegal. Por una cuenta pequeña, no hay derecho a la expropiación—clamó el infeliz—. Yo pagaré, pero dejadme un tiempo prudencial.

—¡No es posible!

—Iré a quejarme a las autoridades de la ciudad.

Y quiso abrirse paso entre la gente que le escuchaba, recelosa. Donovan dijo en voz baja a uno de sus secuaces:

—Hazlo desaparecer, antes de que cause molestias aquí.

—¡En el acto!

Empuñó un revólver y disparó un tiro a traición contra el colono, dejándole muerto.

Un grito de horror surgió de todas las gargantas; pero todos callaron rápidamente, ante el temor de ir a hacer compañía al caído.

—¿Qué ganado tenía esa gente?—preguntó el cacique.

—Mucho y bueno, señor.

—Pues, nada, a ponerle nuestra marca.

Angus y Tunston no estaban dispuestos a consentir aquellos villanos propósitos. En el tiempo que llevaban en la comarca, se habían dado cuenta del infame proceder de aquel hombre, que tenía atemorizado a todo el mundo con la influencia nefasta de un señor feudal. No había vida segura ni hacienda incólume en la región. Y aquellos dos hombres, en cuya alma la justicia brillaba como directora, querían poner remedio a la situación.

Convocaron para el día siguiente, a una re-

unión en casa de Angus, a la que asistieron la mayoría de los colonos.

Tunston fué quien tomó la palabra:

—¿Adónde vamos a parar, señores? Se asesina vilmente a honrados e inocentes ciudadanos y se incendian sus hogares. Hay que acabar con todo eso.

—Es que si no nos sometemos a Donovan, nos arrojará de aquí, si antes no somos asesinados—murmuró un colono.

—Precisa tener valor. Una acción conjunta nos salvará.

—No, no—dijo otro de los colonos más importantes—. Yo prefiero irme de aquí antes de que sea demasiado tarde.

—¡Pues yo no he de irme! ¡Si quieren que yo salga de aquí, tendrán que matarme antes!

En aquel momento llegó Donovan, seguido de sus satélites.

—¿Qué significa esta reunión? Parece que se me critica, ¿no?—dijo.

—¡Y con justicia!—contestó Tunston—. Nuestros derechos son violados y nuestras vidas y haciendas carecen de toda protección por parte de quien debería protegerlas.

—¡Eso es mentira, Tunston!

Llegó también el sheriff Pat Garret, un sujeto mal carado, que estaba al servicio del cacique.

—Mida usted sus palabras, Tunston—dijo—. No tolero que nadie se atreva a criticar mi actuación en esta comarca.

—Es que aquí ocurren cosas fuera de medida.

Uno de los que escuchaban, sobrino del pobre ganadero asesinado el día antes, gritó con la mayor indignación, señalando a uno de los secuaces de Donovan:

—¡Este sujeto mató ayer a mi tío y nos ha robado el ganado!

—¡Usted no puede probar eso!—gritó el acusado.

—Si he mentido, máteme usted.

—¡Pues, tome!

Fué a disparar su revólver contra el infeliz, pero en aquel mismo instante sonó otro disparo y el criminal cayó al suelo sin vida.

Ante la estupefacción general, vieron todos aparecer a un hombre, sonriente, joven, con un revólver en cada mano. A su lado estaba un individuo bajito y regordete.

—Yo soy Billy The Kid, y éste es Santiago, mi secretario—dijo el primero—. Matar granujas fué siempre mi pasatiempo favorito. Le tomé gusto a esta diversión desde que uno de ellos mató a mi madre a sangre fría.

—¡Señor... señor! ¿Cómo demostrarle mi agradecimiento?—exclamó el infeliz que había estado a punto de ser asesinado.

—Estamos tan hambrientos que con un pedazo de jamón puede usted saldar esa cuenta.

—Pues, vengan ustedes.

Ni el sheriff ni Donovan se atrevieron, por el momento, a detener a Billy The Kid, cuyas hazañas eran renombradísimas en la comarca. Había acabado con la vida de un hombre indeseable, y el pueblo no encontraría bien su detención.

Mejor era esperar el momento oportuno, cazarlo cuando no hubiese peligro alguno para ellos. No renunciaban a inutilizar a aquel hombre, que se interponía como un feroz enemigo.

* * *

Transcurrieron varios meses, en que la paz parecía imperturbable, y Tunston, confiado, se atrevió a escribir a su novia, rogándole que viniera allí para casarse.

Y una buena tarde llegó ella en el correo-diligencia.

La recibieron Tunston, Angus, la esposa de éste y todas las gentes que habían formado la caravana.

—¡Bienvenida seas entre nosotros, Clara! — le dijo Tunston.

Clara era una muchacha rubia y bella. En medio de un gran alborozo se dirigieron todos hacia la casa de Angus, donde se hospedaría provisionalmente.

Donovan odiaba a Tunston, al que consideraba culpable de que su influencia se fuese desvaneciendo.

Al verle ahora con su novia, quiso vengarse de él.

Se acercó a un tal Grant, hermano del hombre asesinado por Billy The Kid hacía poco, y le dijo con malévola intención:

—¿Ves aquel hombre? Pues, él fué quien mató a tu hermano.

Deseando matarle, Grant, intentó avanzar hacia él; pero Billy The Kid le cerró bruscamente el paso.

—¿Dónde va usted?

—Quiero ver a Tunston, sólo un instante.

—Seguramente quiso usted decir al señor Tunston. Puede usted confiarme lo que quiere decirle al señor Tunston.

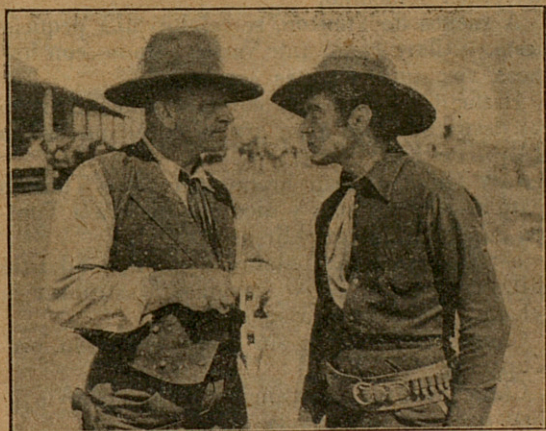
—Eso, a usted no le importa.

Apareció el sheriff, a quien Billy The Kid le dijo:

—Tunston es un hombre honrado. ¿Por qué no trabaja usted con él?

—Yo no rindo cuentas a nadie de lo que hago.

Billy, contemplándole desdeñosamente, se alejó. El sheriff no era más que un esclavo del cacique. En cuanto a Grant, le daba el corazón



—Yo no rindo cuentas a nadie de lo que hago.

que había que vigilarlo, pues capaz era de realizar algo contra ellos. Su actitud, su gesto fosco, parecían demostrarlo.

Una hora después Billy se dirigió a casa de Angus, a conocer a la prometida de Tunston.

Tunston, sonriente y muy agradecido a Billy por su constante protección, le presentó a su novia.

—He aquí el hombre más peligroso de este país: Billy The Kid.

—Pues, a juzgar por su aspecto, no tiene nada de peligroso—dijo ella.

A Kid le pareció encantadora aquella muchacha. ¡Ah, una joven así hubiera él necesitado para completar su felicidad! Viéndola moverse, reír, hablar, se daba cuenta de la influencia del poder femenino.

A ruegos de Tunston, se celebró una pequeña fiesta, y Clara cantó ante varios colonos con hermosa voz, unas cuantas canciones.

Hatfield, uno de los colonos, entró momentos después y dijo a un grupo, en el que estaba Billy The Kid:

—A Grant le han hecho creer que Tunston mató a su hermano... y dice que matará a Tunston en cuanto le vea salir de casa.

—¡No digan una palabra a nadie!—advirtió Bill, serenamente—. No vayamos a estropear la velada a Tunston ni a su novia.

Guardaron silencio, sin poder evitar su preocupación.

Clara terminó otra canción, pero su novio le rogó que cantase todavía más.

Mientras ella cantaba, Bill, sigilosamente, salió a la calle. La animación, el canto, los gritos, la distracción en que se hallaban, impidió a los colonos oír una sorda detonación que había sonado no lejos de allí... A los pocos momentos, con su aire eternamente tranquilo, Billy regresó a la casa sin que nadie se hubiese dado cuenta de su momentánea ausencia.

Cinco minutos después, y cuando se daba la reunión por terminada, entró el sheriff en la casa.

—¿Ha salido alguien de aquí hace poco?

—¡Nadie!—dijo Billy, sonriente.

El sheriff le contempló fijamente, y dijo:

—¿Estás seguro, Billy, de que tú no has salido?

—¡Si lo sabré yo! ¿Verdad que no he salido?

—No, no!—corroboraron los demás.

—Bien. Perdonen. Lamento haber interrumpido a ustedes, pero es que acaban de matar a Grant.

—¡Qué lástima!—exclamó Billy con ironía.

Los demás comentaron aquella nueva muerte, y el sheriff añadió:

—Billy, imaginé que tú tendrías algo que ver en ese asunto.

—Bien sabes tú lo poco que yo valgo con un arma en la mano.

Convencido el sheriff de que no sacaría nada en claro, abandonó la casa, seguido por la mirada sonriente e irónica de Billy The Kid. ¡Realmente, había sido él quien había dado muerte a Grant, un rufián de la peor especie, que imbuído por los otros, hubiera matado a Tunston!

El sheriff se dirigió a dar cuenta de lo ocurrido a Donovan.

—¿Quién ha sido?—preguntó.

—Dicen que nadie salió de la casa. Pero Grant fué asesinado a pocos pasos de ella.

—Debe ser obra de Tunston, y, si no lo es, no importa. Hay que hacer recaer sobre él toda sospecha. Arresta a Tunston por la muerte de Grant.

—¡No seré yo quien lo arreste!—dijo el sheriff.

—¡Cobarde! A ver, ¿dónde está Gallinger?

Se presentó el aludido, un hombre de malos instintos, una verdadera fiera.

—Debes arrestar a Tunston. Sospecho que él es el asesino de Grant.

—Voy en seguida.

—¿Te atreverás?—le dijo el sheriff—. Pien-
sa que le defiende Billy The Kid, y se me figu-
ra que a ése le tienes miedo.

—¡Vamos, hombre! ¡Pues poco me gustaría
a mí meterle una bala entre ceja y ceja!

—Procura que no lo haga él.

Gallinger y sus hombres se dirigieron a casa
de Angus Mc Swen, pero Tonston había marcha-
do ya con varios amigos.

Billy The Kid se hallaba todavía en la casa,
hablando con Clara. Aunque sabedor de que
ella había de casarse al día siguiente, gustaba
de hablar con la joven, de sentir el halago y
la caricia de su voz. El le contó diferentes aven-
turas de su vida, y le prometió ampararla, siem-
pre que fuese necesario. La joven experimenta-
ba por aquel protector una viva simpatía.

Le acompañó hasta la puerta. Pero de pron-
to le pareció a Billy que alguien rondaba por la
casa y ocultóse rápidamente en la sombra, fuera
de la puerta iluminada.

Sonó, efectivamente, un tiro, que no dió en
el blanco. Gallinger había disparado contra
aquel hombre, que por su audacia mandaba a
sus anchas, sin que nadie se atreviese a tocarle.

Fracasado su intento, huyó de allí, mientras
Billy, sin perder la serenidad, decía a su amigo:

—Nunca exponga usted la vida de un hombre
dejándolo en el hueco de una puerta. Y hasta
mañana, que será para usted el gran día...

—Tengo un poco de miedo, Billy, se lo ase-
guro. Creía que esto estaba en paz, y me he
equivocado de medio en medio...

—Mientras yo aliente, mi brazo y mi corazón
estarán a su servicio.

—¡Gracias!

Y sus manos se enlazaron con un íntimo y
misterioso temblor.

* * *

La boda debía celebrarse en la iglesia del po-
blado vecino.

Tunston, acompañado de varios amigos, entre
los que se hallaba Billy The Kid, se disponía
a ir desde el rancho en busca de su novia.

Tunston, inquieto, subió al carruaje y él mis-
mo guió al tiro de caballos.

Billy y varios amigos cabalgaban a su lado.

—Mejor será que guarde usted el anillo, Billy,
temo perderlo y estoy algo nervioso—dijo el no-
vio.

—Como usted quiera.

A cosa de medio camino encontraron a va-
rios hombres que, mandados por Gallinger, les
impedían el paso.

Billy se adelantó hacia ellos.

—¿Qué queréis?

—Tenemos orden de arrestar a Tunston.

—Bien saben ustedes que Tunston es incapaz
de matar a nadie.

—Es orden del jefe, y hay que obedecer. Rín-
dase, Tunston—dijo Gallinger.

Tunston se negó rotundamente, apoyado por
Billy, quien dijo desafiador:

—Si quieres llevarte a Tunston, pruébalo...

No tema usted, Tunston—le dijo en voz baja—.
Nosotros contendremos a esos hombres. Usted
prosiga su camino en el carruaje.

—¡De aquí no pasáis!—gritó Gallinger.

—¡Ya lo veremos! Si queréis, dirimiremos la cuestión a tiros.

—¡No importa!

A una orden de Billy, sus amigos empezaron a disparar contra los secuaces de Donovan, que contestaron, sorprendidos, a la agresión.

Tunston intentó pasar, azuzando a los caballos, en medio de las filas de sus perseguidores, pero éstos hicieron una descarga cerrada contra él, y el desgraciado jefe de los colonos cayó a tierra sin vida.

Gallinger, satisfecho de haber terminado con uno de los principales enemigos de Donovan, sostuvo aún un violento tiroteo con Billy The Kid, deseando matarle. Pero como ellos contestaban con energía a sus disparos, y habían matado, además, a uno de sus compañeros, optaron por retroceder y volver al poblado para dar cuenta del resultado de su hazaña.

Billy se acercó a Tunston y vio que, desgraciadamente, todos los auxilios eran inútiles. Allí quedaba sobre la arena caldeada de sol, aquel pobre hombre, que iba con ilusión en busca del amor.

Extendió Billy un brazo sobre el cadáver y exclamó con doloroso acento:

—¡Juro que no dejaré con vida a ninguno de los complicados en esta cobardía!

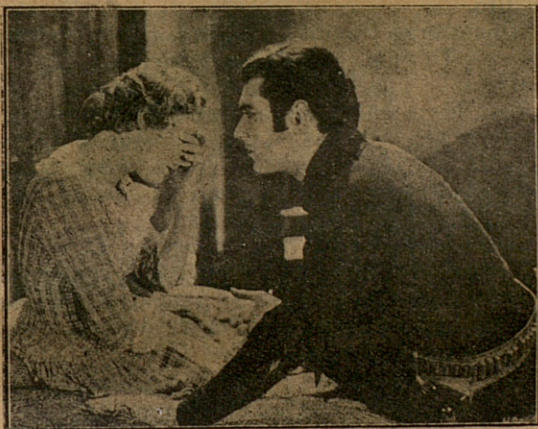
Y, recogiendo el cuerpo de Tunston, se dirigió al pueblo, para dar cuenta de la irreparable desgracia.

Billy comunicó a la esposa de Angus lo que ocurría, y ella lo manifestó a Clara, con las naturales precauciones.

Clara sufrió un dolor intenso, el más agudo y cruel de su vida, al conocer la verdad. En vano todos intentaron consolarla. ¡Ah, toparse

con la muerte cuando esperaba, con ilusión loca, el amor, es decir, la vida!

Billy The Kid fué al poco rato a ver a la pobre mujercita, por la que sentía una veneración especial.



—¡No se preocupe usted por mí, señorita!

Ella, llorando, le dijo:

—Me he enterado del juramento que usted ha hecho. No me sorprende, porque sé el afecto que le unía a Tunston. Pero, no sé, Billy, temo por su vida.

—¡No se preocupe usted por mí, señorita!... ¡Es tan poco lo que valgo!

—No diga usted eso. Usted es el único en quien las gentes de aquí pueden confiar.

—¡Le juro no parar hasta castigar a los asesinos de Tunston!

—¡Gracias, gracias!

Y, entretanto, Gallinger iba a dar cuenta a Donovan del resultado obtenido.

—Ya hemos cazado a Tunston. En mi vida he despachado a un hombre más a gusto. Hubiera podido acabar con Billy también, pero me falló el tiro.

Donovan se frotaba las manos. Había acabado ya con Tunston, uno de los principales organizadores de aquella colonia que ponía en peligro su hegemonía. Ahora estaba dispuesto a hacer arrestar a Angus Mc Swen, bajo la acusación de que había desobedecido sus órdenes, permaneciendo allí contra la voluntad de su cacique.

Además, ya procurarían detener, un día u otro, a Billy The Kid. Aunque para éste, todas las precauciones eran pocas. Se trataba de un diablo, al que no había manera de atrapar. Mas, ya le llegaría su hora.

* * *

Clara seguía recibiendo el pésame de los colonos. Angus se hallaba también desconsolado por la muerte de su amigo, y elevaba al cielo sus oraciones por él.

Billy The Kid, por una ventana de la casa, había visto al sheriff Pat y salió rápidamente a su encuentro.

—¿Qué desea?

—Traigo orden de arrestar al señor Angus Mc Swen.

—¿Por qué motivo?

—Eso lo dirá Donovan.

—Angus no se mueve de la casa. No quiero que hagáis con él lo que pasó con Tunston.

—Pues si no viene conmigo, tendré el sentimiento de traer el pelotón.

—Haz lo que quieras.

—Te concedo cinco minutos.

Volvió Billy a la casa y comunicó a Angus lo que ocurría. El pobre hombre se echó a temblar, mientras su mujer se abrazaba a él conmovida.

—¡Yo soy un hombre pacífico! ¡No he hecho nunca daño a nadie!

—Dispóngase a vender cara su vida, porque lo que esa gente quiere, es matarle como a un perro, lo mismo que hizo con Tunston.

¿Qué hacer? Billy recomendó a todo el mundo que no se moviera de la casa. Habrían de defenderse. Donovan parecía dispuesto a exterminar a los que llamaba intrusos. Y había que defenderse hasta vencer o morir.

Clara procuraba consolar a la señora Mc Sween, mientras Angus rezaba devotamente la Biblia. Y Billy hablaba con varios de los colonos, a los que daba instrucciones para preparar la defensa.

No tardó el sheriff en volver a llamar.

—Los cinco minutos pasaron ya. ¿Viene o no viene?

—¿Qué cinco minutos son éstos, Pat?

—Ya lo sabes.

—Yo sólo te concedo cinco minutos. Y si te queda un poco de sentido común, aléjate de aquí.

—Me voy, Billy, pero volveré pronto.

Al cabo de unos minutos regresó con un numeroso grupo de gente armada.

Billy dió orden para que se aprestaran a la defensa. Había que luchar hasta lo último, pues bien claras veían las intenciones de Donovan. Quería terminar con la vida de Angus, y después con la de todos los demás.

Clara y la esposa de Angus, que eran las únicas mujeres que se hallaban en la casa, temblaban ante los acontecimientos que se avecinaban.

Billy distribuyó a los colonos en las diferentes ventanas, para que contestasen debidamente a la agresión. Todos demostraban una gran fuerza y valentía, con excepción de Hatfield, un tipo ridículo, de poblada barba negra, hombre timorato y cobarde, que en todas partes llevaba las de perder, hasta en su propio hogar, donde quien mandaba era su esposa.

El sheriff puso sitio a la casa, rodeando el edificio por los cuatro costados y disparando nutridamente. Pero los colonos se defendían bien. Harían pagar caras sus vidas.

Transcurrieron varias horas y, al llegar la noche, se detuvo el fuego, aunque el cerco proseguía incesante.

Clara, mujer de alma valiente y magnífica, sirvió un poco de café a Billy y a los demás defensores. Pero todo se agotaba allí, las provisiones eran escasas y no podrían aguantar mucho tiempo.

Al amanecer del día siguiente, Donovan se dispuso a dirigir personalmente el asedio. Se situó con varios hombres en el terrado de una casa fronera, distribuyendo a otros por los alrededores, de manera que dominaban la situación de la casa. Y se reanudó con energía el ataque. Quería jugarse el todo por el todo. Había que acabar de una vez con aquella gente.

En medio de las peripecias de la lucha, Hatfield ponía su nota cómica.

Disparaba a través de la rendija de una ventana y, como no acertaba ni un tiro, decía:

—¡Qué lástima! ¡Hoy estoy de malas! ¡Me falló otra vez! ¡Ah, yo soy delicado como una dama, pero pobre del hombre a quien yo le ponga el ojo!

—¡Ya se ve! ¡Ah, señor Hatfield!—le dijo otro de los colonos, para reír un rato—. ¡Un hombre como usted, tan afortunado entre el bello sexo, debería andar con tiento! Su esposa es muy celosa, ¿verdad? Y usted es un verdadero Don Juan.

—¡Suerte que tiene uno!

Proseguía la pelea. Billy se multiplicaba dando órdenes, atendiendo a todos los sitios. Angus, místico, indiferente a la lucha, seguía rezando su breviario.

Clara admiraba a Billy, y a la vez, él, admiraba a esta mujercita que no desfallecía un instante y atendía a todo el mundo con una magnífica generosidad. Sin embargo, a veces su joven naturaleza parecía vencida, y entonces se ponía a llorar.

—Este no es lugar para la señorita Clara—comentó Billy—. Debemos sacarla de aquí.

En aquel momento vió avanzar por la carretera a la señora Hatfield, que enarbolaba una bandera blanca.

Cesó por ambas partes la lucha, y la mujer pudo entrar en la casa sitada. Venía, terriblemente celosa, a enterarse de si estaba allí su marido.

Se tranquilizó al verle, pues creía que podía encontrarse en alguna juerguecita.

Ella se dispuso a marchar otra vez, y Billy

le rogó que se fuera con Clara y con la señora Angus.

—¡Esto no es cosa para mujeres!

Clara no quería salir, deseosa de prestar auxilio en tan amargo trance a aquellos valientes. Pero tan firmemente se lo impidió él, tanto se lo rogó, que acabó por acceder.

—¡Temo por usted, Billy!

—¡Animo, Clara! Daremos buena cuenta de nuestros enemigos.

—Yo rogaré por usted, para que no le suceda nada. ¡Es usted tan valiente!...

Sus miradas parecieron cambiar un mutuo secreto; pero no era aquél instante para cuestiones del corazón.

La señora Hatfield enarboló la bandera de paz. Los sitiadores cesaron en el fuego. Y las tres mujeres, temblorosas, acobardadas, abandonaron la casa. Pero apenas se hubieron alejado de allí, se redobló el ataque con mayor brío.

* * *

Llevaban ya tres días así, de lucha constante, sitiados, viendo con espanto cómo se les acababan los víveres. Pero no estaban dispuestos a rendirse. Sabían lo que les esperaba si lo hacían, y preferían morir a entregarse.

La falta de agua les tenía medio enloquecidos. Apuraron las últimas gotas de la que tenía en su jaula un canario. Y afuera, los malditos hombres de Donovan tenían de todo, licor en abundancia, espléndidos fiambres.

Hatfield no perdía aún su buen humor, y ex-

plicaba una de sus aventuras durante un momento de descanso.

—He aquí que súbitamente apareció ante nuestra vista un arroyo por el que se deslizaba perezosamente un agua cristalina... y nadando en ella, completamente desnuda, una mujer de singular belleza...

—En otros momentos, esa mujer me hubiera interesado, pero ahora preferiría el agua en que se bañaba—le respondió otro colono.

Transcurrían las horas y la sed hacía de las suyas. ¡Ah! ¡Y pensar que allí, a pocos pasos de distancia, había una fuente!

Continuaba el ataque. De pronto, una de las balas vino a herir gravemente a Carlos, uno de los defensores.

El pobre hombre se retorció, con un balazo en el vientre.

—¡Agua! ¡Agua!—gemía.

Buscaron por todas partes. Ni una gota. Y el desdichado continuaba su gemido.

—Hay que darle agua a Carlos. Voy a ver si le consigo un trago—dijo otro de los defensores.

—Echemos las cartas, a ver quién es el que ha de ir.

Pero, el que primeramente se había brindado, salió sin escuchar a nadie y, cogiendo unos cubos, se dirigió a la fuente.

Los hombres de Donovan le dispararon varios tiros y el desgraciado consiguió llenar el agua; pero al volver y hallarse a pocos pasos de la casa, cayó muerto.

Billy, con manifiesta exposición de su vida, salió a buscar el agua, que pudo dar de beber a Carlos. Apenas había, pero bastó para refrescar las fauces sedientas del moribundo.

Al cabo de algunos instantes, expiró. El fue-

go arreciaba y otro de los defensores cayó para no levantarse más.

De pronto, desde el campo enemigo enarbolaron bandera blanca. Cesó momentáneamente el fuego, y dijo Donovan:

—¡Cesaremos en el fuego si se nos entrega a Angus!

—¡Las paces las haremos en el infierno!—replicó Billy.

—¡Ah, maldito! ¡Moriréis todos abrasados!

Y se reanudó la lucha, con mayor violencia. Pero Angus dijo de pronto, como loco:

—¡No, no! ¡Yo no puedo permitir que ustedes se sacrifiquen por mí! ¡Y pensar que sólo de mí depende que cese esta matanza!

—¡Nadie dejará aquí su puesto hasta el final!—dijo Billy.

Pero ya Angus no le oía. Sin que nadie lo pudiera evitar, con los brazos en alto, corrió hacia el campo enemigo. Pero Gallinger, sin consideración a que se entregaba, disparó contra él, y el pobre hombre cayó bañado en sangre.

Billy lanzó un grito de maldición. ¡Criminales! ¡Se entregaba, y aun le trataban con tal dureza!

El sheriff advirtió entonces a Donovan:

—Deberíamos acabar ya eso. Quedamos en que cesaría el fuego así que tuviéramos a Angus.

Una sonrisa terrible crispó las facciones de Donovan.

—Por aquí queda alguien que no quiero que escape. ¡Hay que proseguir!

Y la trágica pelea continuó aún durante varias horas. Donovan apeló a un nuevo procedimiento. Prendió fuego a un tonel lleno de combustible y lo lanzó contra la casa en que se

defendían Billy y los suyos, que a los pocos momentos era pasto de las llamas.

Esta vez sí que la cosa estaba perdida. Había que tomar una resolución heroica. Si se entregaban, seguramente serían fusilados. Si continuaban allí, iban a perecer.

No había otra resolución que huir, fuese como fuese, desafiando las balas.

Y aquel grupo de hombres, después de estrecharse fervorosamente las manos, se preparó a salir.

Y su sacrificio fué terrible. Cayeron uno tras otro acribillados. Hatfield fué una de las primeras víctimas. Su rostro hizo una postrera y grotesca mueca. Todos, al saltar la tapia que cercaba la casa, eran cazados por las balas. Sólo dos o tres pudieron escapar. Sabían defenderse bien. Los hombres de Donovan experimentaban también pérdidas formidables, entre ellas la de su mismo jefe, el odioso cacique, al que pudo dispararle un certero tiro Billy, consiguiendo arrancarle su maldita vida.

Ya la casa llameaba por los cuatro costados. Billy fué el último en salir. Sabía que acaso iba a la muerte, que acabaría tal vez como el resto de sus compañeros. Fumó un cigarrillo. Se miró al espejo. Sonrió. Pensó en Clara.

¡Oh, si viviera, acaso Clara fuese la única mujer capaz de hacer vibrar su corazón!

Salió con un revólver en cada mano, disparando contra todos, caminando en zig-zag y haciendo verdaderos estragos en las filas enemigas.

Y, salvándose por verdadero milagro, huyó lejos, lejos, seguido del sheriff y otros hombres.

* * *

Una hora después era detenido cerca del pueblo, en un momento de descuido, por el pelotón de Pat, el sheriff.

El sheriff era el menos malo de todos. Aunque al detener a Billy, aquellas gentes intentaron colgarle, Pat se opuso terminantemente, diciendo que aquel hombre estaba bajo la acción de la justicia y que sería entregado a los tribunales.

Obedecieron a regañadientes y regresaron al poblado, donde se encontraron con que habían llegado numerosas tropas, mandadas por el general Wallace.

Este tenía orden de su Gobierno para que cesase aquella lucha fratricida, y dió orden de que se pusiera en libertad a Billy The Kid, pues quería conceder una amnistía a los contendientes, a fin de que renaciera de nuevo la paz.

Billy volvió a ver a Clara, que había sufrido mucho por él. Una inmensa alegría flotaba ahora en su corazón, al verle ileso y sano...

Billy era como un Don Quijote, un hombre cuya vida tenía por norma, como la del famoso hidalgo manchego, la de "desfacer entuertos y sinrazones"... Y aunque le visitó el general Wallace, y la misma Clara se lo suplicó ardorosamente, no quiso dar por acabada la lucha.

Tenía una cuenta que saldar: la de castigar a Gallinger, que había matado a Tunston y a Mc Swen.

Clara, que en el fondo del alma sentía por él un gran amor, le suplicó:

—Usted no querrá vivir siempre la vida azarosa de un perseguido. Usted es bueno. Si accede a lo que le pide el general, será un hombre libre.

—¿Qué es lo que quiere que haga? ¿Que capitule?



...no quiso dar por acabada la lucha...

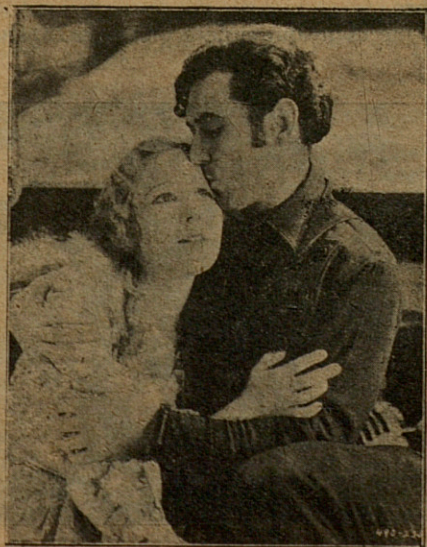
—Haga lo que el corazón le dice, Billy. Parece ser que Gallinger está dispuesto a olvidarlo todo.

—No, querida. Dígale al general que no habrá paz hasta que no haya arreglado mis cuentas con Gallinger.

—¿De veras no quiere acceder, Billy? ¿Ni... por mí?

—¡Clara! ¿Es posible?—dijo estrechándola cariñosamente entre sus brazos—. ¿Te inspiró algún interés?

—Sí, Billy. Te has hecho dueño de mi alma.
¡Te quiero!



—Te has hecho dueño de mi alma.

—¡Oh, Clara! ¡Me haces feliz! ¡Yo volveré a buscarte... pero después que haya castigado a Gallinger!

En vano insistió la hermosa doncella. Billy The Kid huyó al campo para proseguir sus hazañas como los caballeros andantes.

* * *

No habiéndose, pues, rendido, a la fuerza armada, el sheriff y sus hombres se dirigieron en su busca. Y consiguieron sitiarle en una cueva situada en la cima de un monte.

Y así, en este cerco terrible, del que Billy no pudo librarse tal como hubiera querido, pasaron siete días, durante los cuales el caballero no probó ni una gota de agua.

Por fin, el sheriff recurrió a una estratagema para rendirle. Comprendiendo que aquel hombre estaba muerto de hambre, se acercó cautelosamente a él, y, encendiendo un pequeño fuego, empezó a freír un magnífico pedazo de carne, cuyos olores llegaron hasta Bill, que, hombre al fin, y víctima de la necesidad material de comer, acabó por capitular. Lo que no habían conseguido los hombres, lo obtenía un pedazo de carne.

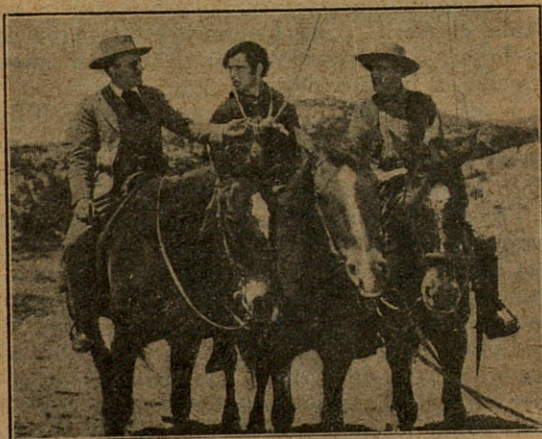
Muerto de hambre, se entregó y comió sabrosamente, con la desesperación de que la materia hubiese vencido su coraje. Y, una vez hubo comido abundantemente, avergonzado ahora de su debilidad, subió a caballo y se dejó conducir a la población.

Quisieron algunos arrojarle una soga para colgarlo; pero el sheriff se opuso, diciendo que era su prisionero y que sólo la ley podía condenarle.

Como no había querido rendirse a las tropas, la justicia proseguiría su actuación y probablemente Billy, acusado de numerosas muertes, sería condenado a la última pena.

Gallinger le vió pasar cuando le iban a encerrar en el cuartelillo y le escupió todo su odio criminal:

—Te veré colgado de una buena sogá, y éste será el día más feliz de mi vida.



Quisieron algunos arrojarle una sogá para colgarlo...

—¡Ya veremos! Aun no reirás tú el último...
Fué encerrado en un calabozo. Pero Billy, que con la comida había recobrado sus fuerzas, no parecía dispuesto a permanecer mucho tiempo en su prisión.

Invitó a jugar una partida de poker al sheriff, hombre débil y de buen fondo. Al principio, se negó, excusándose de que la ley se lo impedía, pero la perspectiva de ganar algunos dólares pudo más, y accedió a jugar con él.

Billy jugaba esposado y manejaba las cartas con dificultad. Echó adrede algunas al suelo, y en el momento en que el sheriff se inclinaba para recogerlas, le quitó el revólver que llevaba en el cinto y le apuntó con él, encerrándole, a pesar de sus protestas.

—Sólo te tendré encerrado hasta que arregle a ese Gallinger. Y estate aquí quietecito, como un buen muchacho.

Apresó también al guardián de la prisión, a quien ordenó, además, que le quitara las esposas.

Libre ya, salió a la calle, encontrándose con Gallinger, que llevaba una sogá que pensaba entregar al sheriff para que se la enseñara a Billy.

Al verle, Gallinger lanzó un grito de sorpresa y quiso tirar contra él; pero fué demasiado tarde. Ya el arma certera y magnífica de Billy The Kid había disparado.

—Y ahora, que me traigan los tratados de paz, que los firmaré—dijo Billy sonriente.

Y contempló a Gallinger, que había caído con el pecho atravesado.

Y, satisfecho, contento al fin de haber realizado su venganza y castigado al último asesino, Billy cogió un caballo y huyó a campo traviesa.

* * *

Momentáneamente, se había instalado en la cabaña que su amigo Santiago poseía a algunos kilómetros del pueblo.

El sheriff, puesto en libertad, había conseguido averiguar que Billy se ocultaba en la choza de Santiago. Era Pat hombre razonable y sereno y pensó que ahora, muerto Gallinger, nada habría de turbar ya la paz de la comarca.

Y consideró que era preferible dejar escapar a Billy. Ya Donovan no podía censurarle; si antes cedió a su autoridad, fué más por temor que por su propio convencimiento.

Clara fué a visitarle, preguntándole por él; pero el sheriff no quiso aún decirle dónde se hallaba.

Sin embargo, deseoso de que aquella pareja pudiera unirse, el sheriff, horas después, envió un emisario a Clara, diciéndole que de parte de Billy The Kid, éste la esperaba en casa de Santiago. Y la joven, que amaba de veras a Billy, no vaciló en ir.

Billy se alegró profundamente al verla.

—¡Oh, Clara, nena mía! ¡Cuánto te agradezco que hayas venido!

—¿Qué vas a hacer? ¿Supongo que no tendrás que vengarte de nadie más?

—¡No, de nadie más! Pero ahora me voy de esta comarca.

—Me llevarás contigo, ¿verdad?

—No, Clara—contestó—. Comprendo que no tengo derecho a unir mi vida manchada de sangre, con la tuya. Tú mereces más. Te adoro, pero no soy digno de ti.

—¿Pues, entonces... por qué me mandaste llamar?

—¡Oh, yo no te envié! Eso debe ser un error... Pero, ¿qué loco soy!... Sí, Clara, bienvenida seas! Tú bien lo sabes, siempre te he querido.

Mas, temo que tu vida a mi lado sea poco tranquila...

Llamaron a la puerta. Por la ventana vió Billy al sheriff.

—Es el sheriff—dijo—. ¡No puedo perder tiempo! ¡Adiós, nena! ¡Ya sabrás de mí!

Y huyó velozmente, mientras Pat, que necesitaba demostrar a las autoridades que había ido a prender a Billy, disparaba contra él, pero expresamente desviaba el blanco.

—¡Demonio!—dijo con una íntima satisfacción—. ¡En mi vida erré semejante tiro! ¡Diablo con el hombre! ¡En fin, yo hice todo lo que pude!

—Pat... ¿Dónde cree usted que va a ir ahora?

—Dentro de poco se encontrará al otro lado de la frontera...

—¡Y no lo veré más!

—¡Bah! Ahora reformará su vida, sus costumbres, y dentro de poco se casará con alguna buena muchacha, a quien querrá mucho.

—¡Es verdad! Yo me voy también a la frontera. Usted no nos perseguirá, ¿verdad?

—Yo, en la otra parte no tengo jurisdicción.

—¡Gracias! ¡Qué bueno es usted! Voy a coger mi mula.

—Suba a mi caballo, que es el único aquí que puede alcanzar a Billy...

Ella obedeció y a los pocos momentos desapareció en la espesura del bosque. No tardaría en encontrar a Billy. El caballo volaba. Y Pat volvió lentamente al poblado, dispuesto a inventar una historia de persecución en la que él había perdido la partida. Su conciencia estaba

tranquila al fin y al cabo. Billy había causado algunas muertes, pero muy bien merecidas. Y le pareció al sheriff que con su generosidad borraba todas las faltas de su vida.

FIN

En las selectas **Ediciones especiales**, acaba de aparecer la interesantísima novela

El camino, de la vida

Primer film ruso hablado y cantado

ESTA SEMANA:

La maravillosa novela

Noches de Viena

por Vivienne Segal, Alexander Gray,
Oscar Ammerstein, etc.

Precio popular: 1 peseta

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Tipografía Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 78087 - Barcelona

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
